

EL DOLMEN DE LA MOLINA, UNA REMEMBRANZA DEL PADRE IBERO 80 AÑOS DESPUÉS

Valredonda, escenario megalítico virtual

GERMÁN DELIBES DE CASTRO

MIGUEL MORENO GALLO

A principios de los años 20, el padre jesuita José María Ibero era ya una figura muy popular en la comarca de Oña. A lomos de su burra iba de un pueblo a otro diciendo misa, catequizando a los muchachos y, de paso, recorriendo los montes y valles en busca de lo que él mismo llamaba culturas protohistóricas. Seguramente había adquirido a lo largo de su amplia formación humanística algunos conocimientos elementales en Prehistoria que le servían para elaborar teorías y descubrir vestigios con mayor o menor fortuna. Años después, en 1927, tuvo que sentirse halagado cuando sirvió de cicerone a ocho profesores de la Universidad de Gotinga que eligieron la Sierra de la Demanda y los Montes Obarenes para pasar tres meses estudiando las características geológicas de la zona avalados por una carta de presentación de Hugo Obermaier, el investigador de la Cueva del Castillo en Puente Viesgo (Ibero, 1955).

Pero en 1927, el padre Ibero ya era un veterano de la arqueología. De hecho, unos años antes, en la revista *Razón y Fe* (Ibero, 1923) había publicado un encantador artículo sobre los sepulcros antiguos en los alrededores de Oña que había abierto la primera puerta al Megalitismo en la provincia de Burgos. Entre otras referencias mitológicas, geológicas y religiosas, Ibero describe Valredonda, de la Molina del Portillo, en donde asegura encontrar construcciones megalíticas con redondeles de cantos, algún que otro

trilito, torres circulares, túmulos de piedras, dólmenes derruidos... incluso una hilera para el recorrido de las almas de los difuntos. La evidencia consistía en una fotografía que llevaba el expresivo pie de "Dolmen primero de Valredonda".

¿DÓNDE ESTÁ EL DOLMEN?

Treinta años después, en 1955, el padre Luciano Huidobro decide asistir al IV Congreso Nacional de Arqueología que se iba a celebrar en Burgos. Le parece una magnífica ocasión para divulgar el hallazgo de Valredonda y habla con el padre Ibero para organizar una excursión, que relata así: *"Recorrimos el áspero terreno que domina la vista del pueblo (La Molina) y no pudimos hallar los restos del dolmen. Los dos, ancianos, caímos a tierra. Al día siguiente volví yo con un fotógrafo para ampliar el campo visitado, y tampoco pude hallar nada. Le rogué que me escribiera una noticia sobre el monumento, y me dijo que estaba al norte del pueblo en una eminencia rocosa, y que si le hubiéramos llevado el día que repetimos la excursión, nos hubiera llevado al sitio donde lo vio, porque lo recordó. Es de suponer que los vecinos han aprovechado las piedras para edificar. Preguntados, dijeron que no lo conocieron en pie"* (Huidobro, 1957).

Este patético relato venía a certificar que el dolmen de Valredonda se había perdido para siempre. Así lo había dicho Luciano Huidobro, y así se repitió en el discurso de ingreso de José Luis Uribarri en la Institución Fernán González (Uribarri, 1975:13), en la Carta Arqueológica del partido judicial de Villarcayo (Bohigas *et alii*, 1984:55), y en diversas publicaciones (Herrero Alonso, 1977:118; Alonso de Martín, 1994:9). Otros autores (Osaba, 1964:236; Campillo *et alii*, 1982:44), más cautos, hablan de la "posible existencia", y paradójicamente es el padre Ibero (1955:13) el único que reincide en la certeza del dolmen.

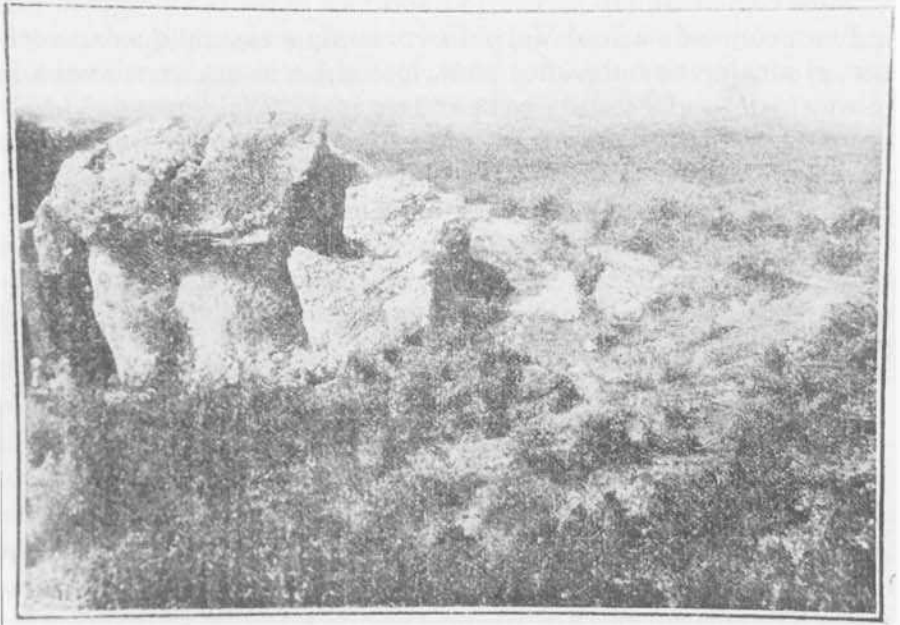
Con el paso de los años el Megalitismo burgalés ha ofrecido numerosos y hermosos vestigios desde el Valle de Mena hasta Lara, pasando por los páramos y Atapuerca, aunque quedaba clavada la espina de aquella primera referencia del padre Ibero. ¿Cómo podía haber desaparecido el dolmen de Valredonda?

Para comenzar, era necesario buscar en el pueblo a alguien que hubiera conocido a José María Ibero: aunque casi no quedan vecinos, el alcalde de hace unos años, David Leciñana, conservaba la memoria del padre jesuita y sus andanzas por "Valderronda" (¿Valredonda, Valderredonda?). El lugar tiene una belleza singular: se trata de un anfiteatro natural, un pequeño vallejo al pie del Humión con una sola salida natural. Justo en el embocamiento, unos 50 metros al oeste, hay una torrecilla natural con una cabaña adosada y unas piedras derruidas al pie. Algo más adelante, unos amontonamientos de piedra y otras formaciones geológicas vistosas. Pero el dolmen seguía sin aparecer.

UN SANTO VARÓN DEFENSOR DEL FIJISMO

Los padres jesuitas de Burgos, y más concretamente Carlos Conde, hizo una síntesis biográfica de José María Ibero: nacido en Azpeitia (Guipúzcoa) en 1870, fue profesor de Filosofía en diversas facultades jesuíticas en España y Bélgica. Destacó particularmente en Psicología y en Cosmología, aunque su afición permanente fue la Arqueología. Enemigo del evolucionismo y defensor del fijismo, se sometía a la literalidad del texto bíblico, lo que le llevaba a resultados científicos ingenuos. Muerto en olor de santidad en Burgos, el padre Conde recogió la colección arqueológica de Ibero y la entregó al Museo Arqueológico de Burgos, aunque una parte fue a parar, al parecer, a Santo Domingo de Silos.

Efectivamente, en el monasterio de Santo Domingo de Silos, el padre Lorenzo Maté, prior y bibliotecario, supo encontrar una cajas de madera en las que se conservan los cristales fotográficos del padre Ibero. Aquellas placas, con ochenta años de historia, ofrecen las imágenes originales de los monumentos megalíticos de Obarenes. A partir de ese momento sólo hubo que repetir una y otra vez las visitas a La Molina hasta encontrar, escondido entre los robles al oeste de la entrada, el llamado dolmen primero de Valredonda, que en realidad es un conjunto informe de grandes piedras caídas del cantil y amontonadas de una forma caprichosa. No hay lajas hincadas, no hay cámara ni túmulo, ni siquiera apilamiento en una zona llana, porque todo se encuentra en una ladera. Pero, por fin, las piezas del relato habían encajado:



El dolmen primero de Valredonda, publicado por el padre Ibero en la revista Razón y Fe de 1923.

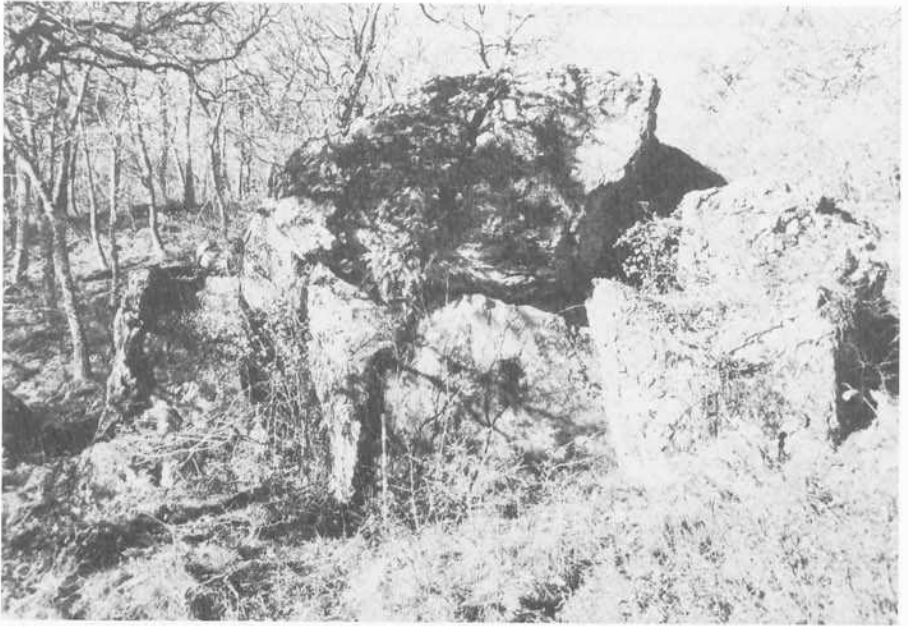
- El dolmen 1 de Valredonda es el que aparece en la fotografía publicada por Ibero en “Razón y Fe” (Ibero, 1923:434). En una cata hecha en 1923 se encontró entre cenizas “una cabe-cita blanda de algún ídolo, y delante de la piedra fija, también entre cenizas y a una profundidad de 0,30 metros, un gran nó-dulo como material de donde sacar los sílex cortantes de esti-lo egipcio (sic)”.
- El dolmen 2 de Valredonda es el mencionado en la misma publi-cación (Ibero, 1923:434) como existente “más arriba”, precisa-mente el mostrado por David Leciñana, en el que Ibero encontró “entre un circuito enterrado de cantos una piedrecita larga co-mo de 0,12 m, caliza, con un orificio de suspensión... la torreci-ta, aunque roca natural, no hay duda que está trabajada y ter-minada y aumentada por delante con piedras traídas”. Este supuesto dolmen aparece también en las fotografías originales

encontradas en Silos, aunque es difícil apreciarlo en la actualidad por tres circunstancias: el robledal ha cubierto la ladera, la torrecita ha perdido parte de su estructura... y en la fotografía antigua aparece un sacerdote aupado sobre el cantil que se confunde con una supuesta grieta del conjunto.

- La figura segunda de Valredonda de la Molina del Portillo (Ibero, 1923:432) es un afloramiento calizo situado al oeste del vallejo, una simple formación geológica que en la imaginación de Ibero se convirtió en un elemento natural transformado en megalito "por la ley del menor esfuerzo". También aparece este lugar repetidamente fotografiado en las placas de cristal que se conservan en Santo Domingo de Silos.
- El dolmen de Zangandez continúa siendo un enigma. Fotografiado también por Ibero (1923:437), parece a primera vista una acumulación natural de rocas. Nadie de Zangandez ni de la comarca lo conoce, aunque en la zona descrita ("*el otro monte que lleva de Sangandez a Valderrama*") hay varias piedras de forma vistosa que sin duda tuvieron que llamar la atención del jesuita en su desplazamiento por las cumbres al sur de Frías. De hecho, el mismo autor reconoce que "*en campo de erosión y denudación tan roqueño más difícil es al prehistoriador reconocer los dólmenes que lo fue al megalítico acabar de adaptarlos*".

UNA COMARCA SIN MEGALITISMO

En definitiva, los dólmenes de José María Ibero, a pesar del éxito acumulado en la bibliografía durante los últimos 80 años, a pesar incluso de su persistencia en forma de yacimiento arqueológico en todos los mapas turísticos y divulgativos de la provincia de Burgos, no arrojan nueva luz sobre el Megalitismo de la comarca. Los Obarenes, la Bureba, el Ebro en su parte oriental, siguen siendo un desierto frente a la acumulación de los páramos de Sedano y La Lora o la extensa mancha megalítica de Losa, más al norte. Hay algún caso aislado en Villanueva Soportilla, o en Soto de Bureba, pero los relieves ondulados que comunican la llanada alavesa con el este de



El dolmen primero de Valredonda en la actualidad.

Burgos permanecen en silencio arqueológico por lo que a manifestaciones megalíticas se refiere.

Lástima que el padre Ibero, que creyó encontrar una “*muchedumbre de túmulos y dólmenes en Valredonda*”, no haya ofrecido datos más concretos para su localización. Su indefinición servirá –al menos– para seguir recorriendo tan hermosos parajes y para intentar encontrar vestigios de aquellos pueblos que según el ilustre jesuita celebraban nocturnas pompas bacanales o que se enriquecían con la agricultura, ganadería y pesca del valle de Tobalina mientras se derrumbaban los muros de Troya.

ACCIDENTES NATURALES EN ARQUEOLOGÍA

No obstante, aceptando que nuestras pesquisas no han logrado los resultados en principio apetecidos, esto es, la identificación de

nuevos monumentos y su incorporación a la lista, ya crecida, de dólmenes burgaleses, tampoco habrán de considerarse estériles por completo, en tanto han promovido o estimulado otro tipo de reflexiones asimismo relacionadas con el megalitismo. En ese sentido, y muy sucintamente, damos cuenta a continuación de cómo la experiencia del Padre Ibero confundiendo accidentes naturales con megalitos nos ha transportado a un campo de estudio, tan difícil como innovador (sin llegar a la ciencia-ficción), cual es el de la posibilidad de que el hombre prehistórico hubiera percibido algunos de tales accidentes –roquedos caprichosamente esculpidos por la naturaleza– como monumentos ancestrales.

DÓLMENES, NATURALEZA Y CULTURA

La confusión entre auténticas construcciones (obras humanas) y “monumentos naturales” ha sido frecuente a lo largo de la historia. En el siglo XVIII, sin el transfondo racional de las explicaciones de la Geología, los llamados *anticuarios* responsabilizaron a los legendarios celtas de todos aquellos relieves de piedra inverosímiles y fascinantes (Chippindale, 1989: 93-4). En las comunidades del medio rural no es raro que sobrevivan esas mismas dudas sobre el carácter natural o cultural de determinados accidentes orográficos. Y no otra dificultad para discernir sobre el particular es la que justifica tantas calicatas fallidas, por parte de los buscadores de tesoros, en túmulos que no lo son realmente, pese a su sospechoso alomamiento. Por las mismas razones, guardaría cierta lógica que también las gentes prehistóricas hubieran llegado a interpretar erróneamente determinadas formaciones naturales como edificios arruinados que, así, pasarían por ser enigmáticas obras de no menos enigmáticos antepasados.

Del dolmen se ha dicho convincentemente que constituye el primer intento por parte del hombre de competir en términos de monumentalidad con la naturaleza (Criado *et alii*, 1986: 173) y de alterar (“domesticar”) la tierra (Bradley, 1993). Para su construcción fue preciso un gasto de energía como nunca con anterioridad se había aplicado a obra humana alguna: no el esfuerzo estricto del grupo social (una familia extensa o un clan) al que estaba des-



El dolmen segundo de Valredonda en la actualidad, oculto por la vegetación.

tinado como tumba, sino, como han venido a probar curiosos ejercicios de Arqueología Experimental, el de centenares de personas llegadas de un amplio entorno (Mohen, 1980). Metafóricamente cabría, pues, decir que eran obras en el límite de las capacidades humanas entonces concebidas, una circunstancia ésta que, unida al largo periodo en que estuvieron en funcionamiento –más de medio milenio con frecuencia– bien podría haber llevado a sus más recientes usuarios, un tanto apartados ya del recuerdo de la construcción, a perder la noción de lo que realmente representaban y a atribuir su fundación a unos antepasados míticos elevados por ello a la categoría de héroes. En definitiva, muy posiblemente en la mente del hombre prehistórico, en su visión cosmogónica del universo, no existiera una frontera definida entre la monumentalidad de aquellas “casas de muertos” que eran los dólmenes y la de ciertas peñas o montañas en las que ingenuamente creía captarse algún rasgo antrópico.



"Torrecilla dolménica" de Valredonda. Foto original del padre Ibero.

MEGALITOS NO DOMESTICADOS

No existen, claro está, pruebas concluyentes de que las cosas sucedieran exactamente como las hemos supuesto, pero sí algunas circunstancias que confieren verosimilitud a los hechos. Bradley (1998) ha llamado la atención, por ejemplo, sobre las similitudes existentes entre ciertos dólmenes de Cornualles (los *quoit*) y los *tors* o relieves graníticos locales de "rocas caballeras", para deducir que probablemente tras ello existiera un deseo de transvasar a las realizaciones humanas el poder de fascinación, el simbolismo y, acaso, el carácter sagrado de los últimos. La idea de que estas formaciones

litológicas singulares, modeladas por la lluvia y el viento –alguna vez han merecido el expresivo nombre de “megalitos no domesticados”–, revestían esa condición simbólica no exenta de matices religiosos desde al menos el Mesolítico, es recogida también por Tilley (1996), quien reforzará su postura haciendo ver cómo, por esa razón, los más relevantes de ellos acabaron integrándose o siendo englobados en monumentos artificiales de carácter ceremonial, los *enclosures*, en un momento algo más reciente de la Prehistoria. Y un nuevo argumento de no menor peso en este sentido podría encontrarse en el enorme espolón cuarcítico de Peña Tu, en Vidiago (Asturias) que, como se ha señalado (Fernández Treguerres y de Blas, 1989: 200-201), preside desde una cumbre, seguramente todavía como simple monolito natural, el ámbito de las necrópolis megalíticas de la Sierra Plana de Barbolla, para ya en la Edad de los Metales remonumentalizarse bajo la forma de un complejo santuario de Arte Esquemático.



La “Torrecilla dolménica” en la actualidad.

LOS CASOS DE LA MESETA

En la propia Submeseta Norte nos parece percibir otro expresivo caso de aprovechamiento de un monumento natural en el Monte del Pedroso (San Martín del Pedroso, Zamora), en donde se atestigua la existencia de un santuario, nuevamente con Arte Esquemático, adaptado a una angosta y profunda fisura que penetra entre los canchales berroqueños de un pintoresco *inselberg* granítico (Esparza, 1977). El carácter geológico del mencionado espacio es indiscutible, pero la disposición *grosso modo* arquitrabada de los peñascos de cubierta y la verticalidad de las paredes que lo delimitan le confieren un aire construido que aún se incrementa a resultas de la similitud de la planta del espontáneo *locus* ctónico con la de los más clásicos sepulcros megalíticos de corredor. Ambos factores hacen de la Casa del Moro del Pedroso un convincente “pseudomonumento” y con toda probabilidad influyeron en su ulterior refundación o ratificación re-



Desaparecido dolmen de Zangandez, publicado por el padre Ibero en 1923.

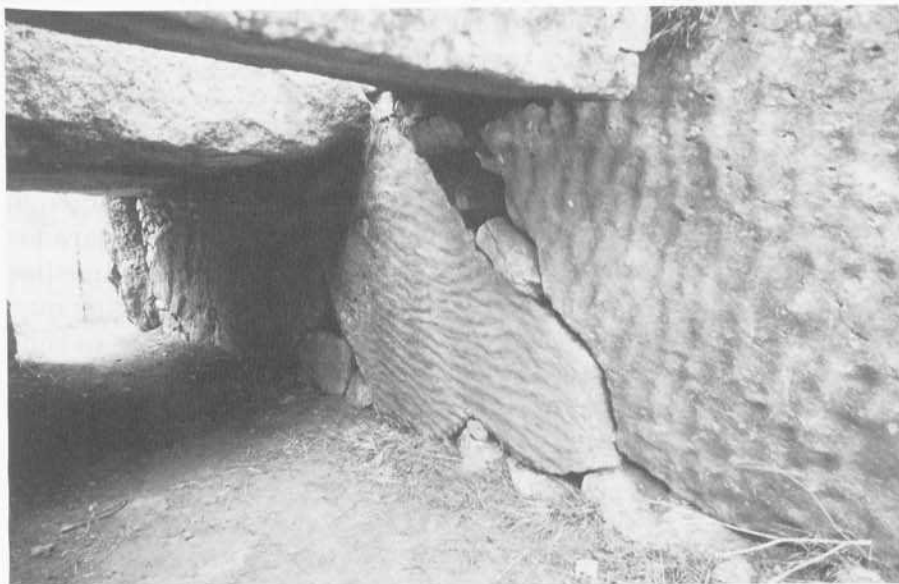
ligiosa sirviéndose de unos motivos grabados –los que se distribuyen a lo largo de sus paredes– que, significativamente, no son muy distintos en estilo, sintaxis y ubicación a los documentados en las propias sepulturas dolménicas (Bradley y Fábregas, 1999: 111). En línea con dicho argumento, las gentes locales de la Edad del Cobre no habrían hecho otra cosa que apropiarse o capturar el enigmático y fascinante poder de un roquedo dotado de una adjetivación especial y, muy posiblemente, según nuestra hipótesis, tenido ilusoriamente por un monumento ancestral.

ARTE NATURAL (¿FALSO ARTE?) EN EL SEPULCRO MEGALÍTICO DE LAS ARNILLAS

Parecida falta de discernimiento entre lo cultural y lo natural, entre lo arqueológico y lo geológico, se adivina en otro dolmen burgalés aunque la forma de expresión sea distinta. Uno de los ortostatos de la pared derecha, según se entra, del pasillo de acceso del sepulcro de Las Arnillas, el más monumental del grupo megalítico de La Lora (Delibes *et alii*, 1986), revela sobre su cara expuesta un abigarrado conjunto de surcos ondulados muy profundos, los cuales, sobre todo con luz vespertina, producen un impactante efecto decorativo, comparable al que puedan infundir en el espectador los grabados parietales del gran sepulcro de corredor bretón de Gavrinis (Le Roux, 1984). Nos atreveríamos a decir, incluso, que no les falta esa dimensión obsesiva que, según se ha apuntado, podría traducir visiones en estado hipnótico o de trance (Bradley, 1989). Sin embargo, la gran diferencia es que en el yacimiento burgalés no debe hablarse, en rigor, de auténtico arte megalítico por cuanto se trata de una lastra de caliza natural –son formaciones raras en la comarca de Sedano, pero conocemos alguna *in situ* bien ilustrativa de su origen–, labrada así de vistosamente por la acción o erosión de una corriente de agua, que toma el nombre científico de ripple mark.

En este caso son los propios hábitos del hombre megalítico, su forma de actuar en situaciones parecidas, los que nos inducen a pensar que nos hallamos nuevamente ante una confusión entre naturaleza y cultura, porque con relativa asiduidad las representaciones artísticas documentadas en los edificios dolménicos no han sido di-

señadas *ad hoc*, para ellos, sino que revisten la forma de elementos reutilizados procedentes de monumentos previos. Ejemplo por excelencia de este proceder sigue siendo el constatado en el golfo de Morbihan, en Bretaña, donde las techumbres de dos señalados sepulcros de corredor, La Table des Marchandes y el ya mencionado de Gavrinis, no son sino fragmentos grabados de una inmensa estela previa abatida con no se sabe qué intención (L'Helgouach, 1983). Pero no es difícil encontrar otros testimonios comparables –en el famoso dolmen onubense de Soto, lo reutilizado, y esa es la razón de aparecer invertida, fué una estela antropomorfa (Balbín y Bueno, 1996)– de lo que entendemos fue un procedimiento habitual de transferencia de sacralidad de los viejos monumentos a los de nueva planta (Bradley, 1993: 38-43). La pregunta que nos hacemos, llevado hasta aquí el razonamiento, es si los constructores del sepulcro megalítico de Las Arnillas no terminarían por creer que estaban reutilizando, dado su domesticado aspecto, una losa con estigmas de labra humana procedente de algún desconocido monumento ancestral.



*Marcas de erosión en las lajas del corredor del dolmen de Las Arnillas
(Moradillo de Sedano).*

Lo mismo nos ocurre en la actualidad: ¿qué postura adoptar frente al hermoso y supuesto dolmen de La Llana en Busnela? (Uribarri, 1975:46). Tanto pudo ser un enterramiento (sin túmulo, en principio, y por lo tanto expuesto a las alimañas) como un cobijo temporal. La falta de vestigios arqueológicos impide ir más allá de la evidencia tipológica, que tampoco es concluyente. Algo parecido sucede con "La Mina" de Ruyales del Páramo (Uribarri, 1975:34), aunque en este caso la morfología constructiva nos aproxima a una cámara megalítica. No sólo ocurre este fenómeno con las construcciones antrópicas: en general, el paisaje natural puede ser entendido míticamente, desde Ayacucho, en donde los indios interpretaban los aluviones de las quebradas como la forma que tomaba Amaro, el toro furioso (Martínez de Pisón, 1983:10), hasta la cornisa cantábrica, en donde se ha especulado (Arredondo, 1976) con el carácter megalítico de los relieves geológicos singulares de la Virga de Arija.

La problemática abordada constituye, sin duda, un muy atractivo caso de Arqueología cognitiva, un intento de penetrar en la mente del hombre prehistórico, que es difícil, evidentemente, llevar más allá del terreno de la hipótesis, pero que, desde luego, justifica la simple formulación de nuevas preguntas. ¿Vacilarían también los hombres pretéritos, como lo hizo cincuenta siglos después el Padre Ibero, a la hora de juzgar la posible artificialidad de los peñascos de Valredonda? ¿Entreverían alguna ancestralidad en los enormes cantos erráticos, indiscutiblemente naturales, de los dólmenes mixtos de Santa Olaja, en el valle de Mena (Cualadrao, Covacho de Angulo), antes de tomar la decisión de habilitarlos como tales añadiendo verdaderos ortostatos (Abásolo y García, 1975: 111)? Amparados por el reconocimiento de los hallazgos realizados en sus inmediaciones –tan coherentes en algún caso como un núcleo de sílex que, por su calificación como "egipcio", sospechamos de hojas–, la conclusión a la que llegamos es que no sólo es lícito que persistan tales dudas sino necesario.

BIBLIOGRAFÍA

- ABÁSULO RUIZ, J.A. y GARCÍA SOTO, A.M. 1975 Notas sobre la cultura dolménica en la Sierra de Burgos, *Sautuola*, I, pp. 109-116.

- ALONSO DE MARTÍN, J. S. 1994: "Mazariegos, el "sepulcro de corredor". *Mecerreyes*, 44. Mecerreyes (Burgos).
- ARREDONDO 1976: "Índice preliminar de Riaños, Cuetos y Castros en la provincia de Santander y otras". *Altamira*, 40 (Santander)
- BALBÍN, R. y BUENO, P. 1996: Soto, un ejemplo de Arte megalítico en el Suroeste de la Península, en MOURE, J.A. (ed.) "El hombre fósil" 80 años después. *Homenaje a Hugo Obermaier*, Santander, pp. 467-505.
- BLAS CORTINA, M.A. y FERNÁNDEZ TRESGUERRES, J.A. 1989 *Historia Primitiva de Asturias. De los cazadores recolectores a los primeros metalúrgicos*, Biblioteca Histórica Asturiana, Gijón.
- BOHIGAS ROLDÁN, R.; CAMPILLO CUEVA, J. y CHURRUCA GARCÍA, J. Á. (1984): "Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos judiciales de Sedano y Villarcayo". *Kobie* XIV. Bilbao.
- BRADLEY, R. 1989. Deaths and Entrances. A contextual analysis of megalithic art, *Current Anthropology*, 30(1), pp.114-122.
- BRADLEY, R. 1993 *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*, Society of Antiquaries of Scotland, Monographs series, 8, Edinburgh.
- BRADLEY, R. 1998 Ruined buildings, ruined stones: enclosures, tombs and natural places in the Neolithic of south-west England, *World Archaeology*, 30 (1), pp. 13-22.
- BRADLEY, R. y FÁBREGAS, R. 1999: La "ley de la frontera": grupos rupestres galaico y esquemático y prehistoria del Noroeste de la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 56 (1), pp. 103-114.
- CAMPILLO, J.; RAMÍREZ RUIZ, M.^a.M. 1982: "El dolmen de Reinoso (Burgos)". *Kobie*, XII. Bilbao.
- CHIPPINDALE, Ch. 1989 *Stonehenge. En el umbral de la historia*, Ed. Destino, Barcelona.
- CRIADO, F., AIRA, M.J y DIAZ-FIERROS 1986: *La construcción del paisaje: megalitismo y ecología. Sierra de Barbanza (Galicia)*, Publicaciones de la Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- DELIBES, G., ROJO, M.A. y SANZ, C. 1986 Dólmenes de Sedano. II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos), *Noticiario Arqueológico Hispano*, 27, pp. 7-41.
- ESPARZA ARROYO, A. 1977 El castro zamorano de El Pedroso y sus inscripciones, *Boletín de Seminario de Arte y Arqueología*, XLIII, pp. 27-39.
- HERRERO ALONSO, A. 1977: "Toponimia prerromana de Burgos I. Fundamentos históricos-culturales y geográfico-lingüísticos para un estudio de la toponimia prerromana de Burgos". *Boletín de la Institución Fernán González*, 188. Burgos.

- HUIDOBRO, L. 1957: "Cordillera Ibérica, Montes Obarenes. Dolmen de La Molina del Portillo de Busto (Briviesca)". *IV Congreso Nacional de Arqueología Burgos 1955*. Zaragoza.
- IBERO, J. M.^a. 1923: "Sepulcros antiguos en los alrededores de Oña, Burgos". *Razón y Fe*, 66. Burgos.
- IBERO, J. M.^a. 1955: *Remembranzas geológicas y protohistóricas de Burgos y Oña*. Institución Fernán González. Burgos.
- LE ROUX, C.T. 1984 A propos des fouilles de Gavrinis (Morbihan): Nouvelles données sur l'Art Megalithique Armoricaín, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 81, pp. 240-245.
- L'HELGOUACH, J. 1983 Les idoles qu'on abat...(ou les vicissitudes des grands steles de Locmariaquer, *Archeologie Armoricaíne. Société Polymathique de Morbihan*, 110 (juillet), pp. 57-68.
- MARTÍNEZ DE PISÓN 1983 Cultura y Ciencia del paisaje, *Agricultura y Sociedad*, 27.
- MOHEN. J.P. 1980 Aux prises avec pierres de plusieurs dizaines de tonnes, *Dossiers de l'Archeologie*, 43, pp. 30-38.
- OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, B. 1964: "Catálogo arqueológico de la provincia de Burgos". *Noticario Arqueológico Hispánico*, VI. Madrid.
- TILLEY, Ch. 1996 The powers of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor, *World Archaeology*, 28 (2), pp. 161-176.
- URIBARRI, J. L. 1975. *El fenómeno megalítico burgalés*. Institución Fernán González. Burgos.